Homilía del Santo Padre durante las Segundas Vísperas

Papa León XIV

Celebración de Vísperas y Alocución en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires. Celebrada con los obispos de la Conferencia Episcopal Argentina y los Equipos Sinodales al caer la tarde del 9 de noviembre de 2026.

«Eminencias, Excelencias, queridos miembros de los Equipos sinodales, hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera que en este momento de oración recorramos juntos, con nuestro pensamiento, las distintas regiones de este hermoso país. En cada una de sus provincias, nuestra fe ha echado raíces en pueblos y culturas diversas, dando lugar a expresiones propias de la vida cristiana, sin perder la unidad que nace de Cristo.

Pensemos en el noroeste, en su fe sencilla y sus hondas devociones. Vayamos al litoral, con sus grandes ríos y sus campos sembrados de futuro. Crucemos al noreste, para asombrarnos de sus maravillosas cataratas y sus extensos yerbatales, que distinguen las costumbres de todo el Cono Sur. Acerquémonos a la región de Cuyo, donde las viñas dan alegría al corazón del hombre. Pasemos por las pampas y valoremos la sabiduría de quienes trabajan la tierra. Subamos a las sierras y, desde lo alto, apreciemos los dones de la creación. Vayamos al sur, donde el frío y los desiertos no impiden la cálida acogida de la fe.

En esta variedad geográfica y cultural encontramos una presencia maternal que acompaña a sus habitantes y hacia la cual el pueblo expresa su cariño en marchas y peregrinaciones, en caminos de fe y de promesas recorridos a pie o a caballo, en poemas, oraciones y cantos que se elevan en honor de su nombre. Hablo de la Inmaculada Virgen María, a quien este pueblo venera bajo distintas advocaciones: la Santísima Virgen del Milagro, Nuestra Señora del Valle, la Virgen del Rosario, María de Itatí, Nuestra Señora de Luján. Ella, que permaneció unida a los apóstoles en la oración, acompaña también hoy a la Iglesia que anuncia a su Hijo (cf. Hch 1,14).

En cada rincón de esta tierra mariana, desde las grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños, hay hermanos que esperan conocer la Buena Noticia del Evangelio. Por eso, cobra especial sentido el lema de este Viaje Apostólico: *Bienvenidos todos. ¡Vayan y anuncien!*

Habiendo recorrido el país con nuestra imaginación y renovado nuestro deseo de salir a evangelizar, volvamos ahora nuestra mirada a esta Catedral, donde nos encontramos reunidos. Es providencial poder celebrar las segundas Vísperas de la dedicación de San Juan de Letrán, «madre y cabeza de todas las Iglesias de la Urbe y del Orbe», en esta espléndida Catedral de la Santísima Trinidad, Iglesia madre de Buenos Aires donde descansan, además, los restos del general José Francisco de San Martín, Padre de la Patria. La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense nos invita a contemplar el misterio de la Iglesia, edificada sobre Cristo, piedra angular, en la que todos nosotros, como piedras vivas, estamos llamados a formar una morada espiritual (cf. 1 P 2,4-5).

La condición de San Juan de Letrán como Catedral del obispo de Roma confiere a esta celebración un particular significado de comunión con la sede de Pedro, y ese vínculo se hace especialmente cercano al celebrarla en esta Catedral, cuya cátedra ocupó nuestro querido Papa Francisco antes de ser llamado a apacentar a la Iglesia universal. Es también una invitación a todos los fieles a vivir la unidad de fe y de amor, y a reconocer que, por el bautismo, cada uno ha recibido dones que debe poner al servicio de toda la Iglesia.

Esta comunión, que tiene su fuente en el misterio de la Santísima Trinidad, une a los obispos entre sí y con el Sucesor de Pedro, y se manifiesta también en cada Iglesia particular, donde el obispo, junto con su presbiterio y los fieles que le han sido confiados, está llamado a preservar la unidad en la fe y en la caridad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 23). Al respecto, quisiera destacar el testimonio de insignes obispos argentinos, que supieron trabajar por la unidad y la paz, como los beatos Mamerto Esquiú, Enrique Angelelli y Eduardo Pironio. «Sus vidas muestran cómo una misma misión puede tomar formas diversas según los tiempos y las circunstancias y forman una escuela de pastores nacida de nuestra historia eclesial. Los santos siguen formando santos (cf. Hb 13,7)» (Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 septiembre 2026).

La Iglesia, fundada por Jesucristo, es, en Él, «como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). Esta unidad, que recibimos como un don, nos compromete también a reconciliarnos. El relieve del frontispicio de esta Catedral, que representa el reencuentro de José con su padre Jacob y sus hermanos, nos recuerda cómo Dios abre caminos de vida incluso allí donde los hombres han sembrado división. José, que había sufrido a causa de sus hermanos, los perdona y llega a ser instrumento de salvación para aquellos que lo habían dañado. Él mismo reconoce la acción providente de Dios en medio de aquella historia dolorosa: «Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo dispuso para bien» (Gn 50,20). La reconciliación exige reconocer las heridas, renunciar al resentimiento y dejar que la gracia de Dios transforme las relaciones entre nosotros. Nuestra misión pastoral consiste en trabajar incansablemente para que todos los hombres, los que están cerca y los que están lejos, conozcan a Cristo y puedan reconocerse como hermanos.

La diversidad de esta tierra se manifiesta también en sus Iglesias particulares, cada una con sus tradiciones y expresiones pastorales propias. En todas ellas «verdaderamente está presente y obra la Iglesia de Cristo» (S. Pablo VI, Decreto *Christus Dominus*, 11). Esta diversidad encuentra su unidad en la misma fe, en los Sacramentos y en la comunión eclesial. Todas participan de la misión de la Iglesia, para que la alegría del Evangelio llegue a todos. Por eso, custodiemos la comunión, acogiendo con caridad nuestras legítimas diferencias y cultivando la fraternidad, para que nuestra unidad haga visible el amor de Cristo y ayude a muchos a encontrarlo.

Queridos obispos, como les escribí recientemente, «entre las muchas responsabilidades que ocupan nuestra jornada, hemos sido enviados para anunciar la Buena Nueva» (Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 septiembre 2026). Que el anuncio de Jesucristo siga siendo, por tanto, el centro de toda nuestra acción pastoral. Sigamos promoviendo la formación de los agentes pastorales, el primer anuncio y la catequesis, la liturgia y la caridad. Es necesario que trabajemos unidos para fomentar las vocaciones sacerdotales y religiosas, acompañar a las familias y atender a quienes viven en la pobreza, carecen de empleo o no tienen una vivienda digna. «¡La caridad de Cristo nos urge!» (2 Co

5,14).

La solicitud maternal de la Iglesia encuentra un hermoso ejemplo en María, que en las bodas de Caná advirtió la necesidad de aquellos esposos y acudió a Jesús para presentársela, invitando después a los servidores a obedecer su palabra (cf. Jn 2,3-5). Esa misma solicitud ha de manifestarse en el ministerio de los pastores, llamados a discernir las realidades humanas a la luz del Evangelio, escuchando y conociendo las circunstancias concretas de quienes les han sido confiados: las personas desempleadas, los jóvenes que se ven forzados a emigrar, los ancianos que viven en el abandono y las comunidades marginadas; también quienes, aun teniendo cubiertas sus necesidades materiales, experimentan una honda necesidad de Dios, de sentido y de esperanza. Tantos rostros nos interpelan y nos llaman a compartir las alegrías y los sufrimientos de nuestro pueblo, respondiendo con la cercanía y las obras que exige el Evangelio ante las situaciones que reclaman nuestra ayuda.

Queridos hermanos, sostengan las iniciativas que benefician a las personas confiadas a su cuidado pastoral. Alégrense por cuanto favorece la vida de su pueblo: el trabajo honrado, la atención a los más necesitados y las instituciones que sirven con responsabilidad al bien común. Acompañen también a quienes, desde la Iglesia o la sociedad civil, trabajan por el desarrollo integral de cada persona. Mientras aguardamos aquella Jerusalén celestial que hemos contemplado en la lectura breve, la esperanza de los bienes eternos nos anima a buscar la justicia y a cultivar la fraternidad en esta tierra (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 39). Quisiera alentarlos a que, con sus Equipos sinodales, continúen escuchándose y discerniendo juntos, como condiscípulos del único Maestro, lo que el Espíritu Santo les pide, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, para servir a la Argentina de hoy. Que Él los ilumine y fortalezca para traducir en decisiones concretas el respeto a la dignidad de cada persona y el compromiso con el destino universal de los bienes, la opción preferencial por los pobres y el cuidado de la creación (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 14).

El Papa Francisco, al visitar el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, y recordando su experiencia en la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, dijo que había podido ver en primera persona «cómo los obispos —que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión— se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen» (Homilía, Aparecida, 24 julio 2013). Quisiera, a este respecto, animarlos a continuar trabajando en base a las enseñanzas del Documento de Aparecida, como una estela luminosa para seguir caminando juntos en este tiempo.

Queridos hermanos, María, Madre de Cristo y Madre nuestra, es, por antonomasia, la morada de Dios entre los hombres, pues en su seno acogió al Verbo eterno que se hizo carne. En Ella, imagen e inicio de la Iglesia que alcanzará su plenitud en la gloria, contemplamos anticipadamente el gozo que nos ha sido prometido, cuando Dios habite para siempre con su pueblo en la Jerusalén celestial (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 68). De Ella aprendemos la atención a la voluntad de Dios y la obediencia a su Palabra, así como la solicitud para captar las necesidades de sus hijos (cf. S. Pablo VI, Exhort. ap. *Marialis cultus*, 21). Con Ella deseamos habitar un día en aquella ciudad santa, en la que nada impuro tendrá cabida (cf. Ap 21,27). Confiémosle a Ella nuestras preocupaciones y anhelos, nuestro ministerio y nuestra misión pastoral, y pidámosle que, como hizo en las bodas de Caná, interceda ante su Hijo para que Él nos conceda lo que nos hace falta, especialmente la gracia de una conversión constante, que purifique nuestros corazones y nos disponga para participar de la alegría

eterna de su Reino. Que así sea.»